

### 3. IDIOSINCRASIA DE LOS CONVERSOS QUE LLEGARON A ANTIOQUIA

#### 3.1 Aclaración previa. Aquí no llegaron judíos, sino conversos

Lo más probable es que aquí no llegó en la Colonia ningún judío como tal, de los expulsados por los Reyes Católicos en 1492, año de la reconquista española y el descubrimiento de América. Cuando Fernando e Isabel, en un acto soberbio y totalmente impolítico, decretaron la expulsión de moros y judíos, (España perdió millones de súbditos y mucho más de dinero), les ofrecieron una alternativa: los que se convirtieran al catolicismo podían permanecer. Los judíos ricos no abdicaron de su fe, sino que se fueron con sus inmensos tesoros a los Países Bajos, Alemania, Inglaterra, Francia. Los pobres, que eran mayoría, no podían emigrar. Tuvieron que plegarse a una conversión, así fuera aparente. Abrazaban externamente el catolicismo, pero en su fuero interno y en sus hogares seguían fieles al judaísmo. Con todo, no sólo no dejaban de ser per-

seguidos por la Corona y la Inquisición, sino que hasta lo eran mucho más que si hubieran permanecido fieles a su religión. A toda América se dirigió un gran número y, de ellos, muchos llegaron a Antioquia, aunque el número de “cristianos viejos”, leales a la Iglesia y a la Corona, o mejor a la inversa, fue mucho mayor. Es que la Corona quería ver a América poblada de los que estimaba como sus mejores hijos.

#### 3.2 Judíos y conversos en España

Es preciso, primero, conocer quiénes eran los judíos conversos que vinieron a Antioquia. Para hacerlo es necesario remontarnos mucho más atrás hasta la llegada de los primeros judíos a España antes de la era cristiana. Parece ser que desde el siglo tercero antes de Cristo habían emigrado allí los primeros grupos. Campo y Rivas piensa que algunos de ellos llegaron directamente de Egipto, mucho antes. Con la destrucción de Jerusalén por

Tito en el año 70 D. C. y la consiguiente diáspora, fueron aún más numerosos los que llegaron y se residenciaron en toda la península. Es que esta fue desde muy antiguo destino favorito para multitud de pueblos, y de manera especial, del Imperio Romano que la convirtió muy pronto en floreciente provincia. Allí aplicó sus leyes, que siempre fueron muy severas contra los judíos, pues temían su fanatismo religioso, originado en la creencia de ser el pueblo escogido al que se deberían someter todos los demás.

Uno de los medios más eficaces que diseñó Roma para evitar su influxo, aplicado desde entonces sin modificación por España y casi toda Europa hasta época reciente, fue **negarles la posibilidad de ser dueños de tierras**, de establecerse en un lugar determinado, de construir una morada permanente. Tal vez sea este el origen de la leyenda del “judío errante”, un ser sin hogar, sin tierra, sin patria, que siempre tiene que estar huyendo a un nuevo territorio en busca de un pedazo de tierra donde asentar su morada. A esa prohibición fundamental, se juntaban otras dos complementarias: no podían construir sinagogas, ni ser dueños de esclavos. Así quedarían cada vez más acorralados en los llamados guetos o juderías, pequeños enclaves en las afueras de las ciudades y de gran

pobreza las más de las veces, en los cuales tenían que vivir bajo el temor de un ataque sorpresivo, hasta por los motivos más baladíes.<sup>53</sup>

Esa sensación de apátridas, de desterrados, de extranjeros aun en la tierra en la que habían nacido y vivido por generaciones y generaciones, fue induciéndolos a buscar un medio diferente de afirmación, que les granjeara aprecio y los hiciera inmunes a nuevos ataques, deportaciones y masacres. La patria, la tierra y el albergue que no podían tener por derecho de nacimiento, los tenían que conseguir comprándoselos a los poderosos, para lo cual requerían dinero en abundancia. De ahí el espíritu mercantil que fueron desarrollando como una segunda naturaleza y en el que no había límites ni restricciones morales de ninguna especie. El engaño, la usura, la estafa, el contrabando, cualquier medio de enriquecerse era legítimo, pues era la única manera de conquistar un “espacio vital”, de formar un hogar. Se podría decir que el dinero vino a ser así su única y definitiva patria. Sus propios Libros Sagrados les servían de amparo. Cuando Yahvé les prohíbe poner el dinero a interés y, mucho más, la usura, es sólo para con sus hermanos de raza. Nada raro que a los extranjeros les cobraran en exceso, para resarcirse de lo que no les podían cobrar a sus correligionarios.

<sup>53</sup> Cfr. Londoño de Franco, Lucía, *El viaje de mis Genes*, p 89

En España, los judíos se multiplicaron y enriquecieron sobremedida. Pero siempre se les temía, porque siempre podían ser una amenaza para los reinos cristianos, ya que podían llevar sus riquezas al enemigo, a los moros, lo que sucedió más de una vez. Hoy podían estar de parte de la reconquista, mañana de los moros. Claro que la ambición de riqueza de los nobles y príncipes, por más cristianos viejos que fueran, hacía que muchos se enlazaran en matrimonio con judíos ricos, dándoles así una estabilidad que, de otra manera, nunca podrían alcanzar. Toda la nobleza de España está infestada de sangre judía. Con todo, los judíos que renegaban de su fe y abandonaban sus costumbres seguían siendo tildados de “conversos”, tan odiados o más que los que conservaban su fe y sus costumbres.

Es interesante penetrar en uno de los nombres con que los tildaban con frecuencia, el de “marranos”. El diccionario de la Academia da una etimología árabe “maharram”, algo vedado, prohibido. Otros dicen que viene de la invocación “Marran ata, Ven Señor”, con la cual termina el Apocalipsis, que los conversos repetían con frecuencia. Pero el origen no es lo más importante. Lo que en definitiva hizo que ese apelativo designara a los conversos es el hecho de que éstos, al tener que aparentar ser católicos, se excedían

en dar demostraciones externas de rechazo a las exigencias de su fe judía comiendo cerdo en abundancia y aun de manera llamativa.

Había algunas exigencias legales, que ellos podían camuflar fácilmente, pero otras eran tan riesgosas que no pudieron menos de abandonarlas totalmente, como la circuncisión, que dejaron desde un principio; otras las conservaron en secreto, como los ritos de purificación y limpieza, que se daban generalmente en la intimidad del hogar o podían asemejarse a otros de los cristianos viejos, y la lectura de la Tora que generalmente se hacía en privado. Si el pueblo español hubiera sido el más trabajador del mundo, la observancia del descanso sabático, tan estricta en las leyes judías, les hubiera sido bien difícil de ocultar. Lo que sí era casi imposible esconder era lo que compraran o dejaran de comprar en el mercado público para su alimentación, por lo notorio ante el resto de la población, ante los cristianos viejos, ante las autoridades y, mucho más, ante la Inquisición o cualquier tipo de frailes, en especial, los dominicos.

El cerdo ha sido uno de los alimentos favoritos del pueblo español (jamones, tocinos, etc.) pero es uno de los animales impuros de los que se deben abstener los judíos, según la Tora.<sup>54</sup> Si los conversos rehusaban de modo permanente

<sup>54</sup> Levítico, c. 11 y Deuteronomio c. 14



comprar cerdo, era como si hicieran pública confesión de su fe judía. Por tal razón, para aparentar catolicismo, no sólo lo comían, sino que lo hacían en exceso, y del modo más llamativo posible. Ésto, en vez de ocultarlos, los delataba más. Lo que querían encubrir se convirtió en signo manifiesto de pertenencia a su antigua religión. De ahí que los tildaran de “marranos”, conversos, tornadizos, cristianos nuevos, falsos cristianos, católicos por fuera, pero judíos por dentro, y siguieran siendo perseguidos. Pero no dejaron de comerlo y en abundancia.

En el largo transcurso de 1.500 años o más, tuvieron épocas buenas y malas. Tal vez la de mayor esplendor fue en el sur, bajo los musulmanes, durante los siglos X al XIII. En el norte, en cambio, fueron perseguidos más de una vez, especialmente en los siglos XIII y XIV, obligándolos a renunciar a su fe, so pena de perder posesiones y familia. En 1480 se funda la Inquisición y, tras el triunfo definitivo de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, sobre los moros en Granada, en 1492, se decreta su expulsión. Muchos se convirtieron para evitar salir, pero, aún así, siguieron siendo perseguidos. Por desgracia, algunos de los que renegaron se tornaron en los mayores perseguidores de sus hermanos; entre ellos Torquemada, el gran inquisidor,

que los atacó con sevicia, y Pablo de Santa María, que llegó a obispo de Burgos, y se transformó, según Mesa Bernal, en “la figura siniestra del antisemitismo en España”.<sup>55</sup>

### 3.3 Los conversos llegan a Antioquia

Por una coincidencia asombrosa, el año del triunfo de los Reyes Católicos sobre los moros y del decreto de expulsión de los judíos, fue también el de la llegada de Colón a América. Los conversos vieron allí, desde un principio, la posibilidad de escapar a la persecución que no se detenía, pues difícilmente podían ocultar su identidad. Durante los tres siglos de conquista y colonización, la persecución a ellos, quizás más que a los judíos fieles, fue implacable y constante. Por eso, cuantos pudieron, emigraron al Nuevo Mundo, aunque aquí siguieron siendo perseguidos, como en España, hasta el final del poder español y la Inquisición. Se puede decir que España perdió más por la expulsión de los conversos que por la de los propios judíos y, quizás, más que por la emigración de sus cristianos viejos. Es que si los conversos no eran ricos, sí tenían gran capacidad de trabajo y de creación de riqueza. El poder de ese imperio “en que no se ponía el sol” se agotó por tal causa mucho antes de

<sup>55</sup> Mesa Bernal, Daniel, O. c., p 134

que se independizaran sus colonias americanas. Lo canta así Jorge Isaacs:

“La estirpe goda  
Que, al vencer a Boabdil,  
Lanzó de sus dominios la raza  
poderosa  
Que a España hizo el emporio  
del mundo y su pensil,  
Hoy paga la insensata su delito  
De implacable crueldad”.<sup>56</sup>

A Antioquia llegó un número considerable de judíos conversos, según demostró el estudio genético de la Universidad de Antioquia, aunque es difícil mostrar quiénes y cuándo llegaron, pues no hay documentos escritos que lo prueben, ya que la mayoría viajaban indocumentados. Claro que a Antioquia vino una cantidad aún mayor de cristianos viejos, pues estos, no sólo no tenían ninguna dificultad para viajar a América, sino que las autoridades de la Corona los estimulaban a hacerlo, ya que querían verla poblada con lo más granado de su pueblo: personas fieles a su fe y mucho más a la Corona. En cambio, los conversos tenían que salir subrepticamente “de polizones” hacia donde fuera, máxime al dirigirse a América. Muchos conversos tuvieron que huir de España y Portugal, pues eran perseguidos, o sus vecinos les hacían la vida imposible. Al salir, lo hicieron preferiblemente hacia nuestro continente.

Al llegar aquí tenían que elegir muy bien dónde radicarse para no seguir siendo perseguidos. Había dos puertos principales de acceso: Veracruz en Méjico y Cartagena en la Nueva Granada. Por Veracruz salía el torrente de plata de Zacatecas; por Cartagena, todo el oro de Suramérica y parte de la plata de Potosí. La importancia de ésta para la Corona española la muestran, aun hoy, sus enormes murallas y el colosal castillo de San Felipe, combinado estratégicamente, en forma de triángulo defensivo, con La Popa, los dos castillos de Bocachica y la muralla subacuática de Bocagrande. Además, desde muy temprano la Iglesia y la Corona establecieron allí un tribunal de la Inquisición para impedir que judíos y conversos pudieran manejar los inmensos tesoros que por ahí circulaban. Bien conocían sus habilidades económicas “no tan santas”.

Los conversos que llegaban no tenían más remedio que abandonar a Cartagena de inmediato y dirigirse a cualquier otra región del interior de la Nueva Granada. Se les presentaban inicialmente dos opciones principales: ir a la capital del Virreinato, Santa Fe de Bogotá, donde residían el Virrey, los oidores y demás oficiales, debidamente escogidos entre cristianos viejos; o seguir hacia el sur y radicarse en Popayán, donde desde un principio se conformó un núcleo de familias de

<sup>56</sup> En Mesa Bernal, Daniel, O. c., p 204



cierto abolengo, celosas de su sangre, de sus inmensos latifundios y, sobre todo, de sus riquísimas minas de oro desde Pasto hasta el remoto Chocó; además, el Obispo, con su poder inquisitorial, el clero, y las diversas órdenes religiosas vigilaban estrictamente la clase de personas que ingresaban. En ninguno de los dos sitios se les permitía la entrada. Otros sitios, como las monacales Tunja, Pamplona y Pasto, eran muy poco atractivos para los conversos.

Quedaba una opción cada vez más conocida y más atractiva para ellos, Antioquia. Y, como dice el refrán: “No hay pícaro sin suerte”. Ahí, donde nadie los perseguiría, encontraron oro en abundancia. No había oficiales del reino, no había un núcleo fuerte de cristianos viejos, no había obispo, ni Inquisición, ni frailes, en especial dominicos, que los perturbaran. Podían vivir relativamente tranquilos y acumular oro y riquezas. Muchos conversos, desde antes de partir de España, recibían las noticias que les llegaban de Antioquia y venían directamente a instalarse en ella. Los de aquí les brindaban albergue con su proverbial hospitalidad. Esto hizo que llegaran en buen número a todo lo largo de la Conquista y la Colonia. Entraban sin ningún documento que los pudiera acreditar ni delatar. Las cédulas de muchos, donde cons-

ta su supuesta pureza de sangre, fueron adquiridas con posterioridad para poder ser propietarios de tierras y minas.

Inicialmente vinieron sin esposas, a quienes sólo traerían más tarde, cuando hubieran construido un hogar donde albergarlas con honor. Se aparearon primero con las indias de forma ilegal, es decir, sin sacramento, aunque es notorio el caso de Julián Gutiérrez, uno de los hombres del cruel Pedrarias Dávila, que se casó con la hermana de un Cacique de Urabá y luego, en 1532, se convirtió en misionero laico de la región.<sup>57</sup> Según el Oidor Campo y Rivas, los hombres de Robledo también lo hicieron mediante el sacramento, pues “el mariscal sí obligó a casarse a sus soldados con las indias”.<sup>58</sup>

A pesar de que Robledo en su segundo viaje que acabaría en muerte, trajo a su esposa y otras damas acompañantes, estas se quedaron en San Sebastián de Urabá, de donde la primera viajó a Bogotá tras enviudar, como lo haría también la mayor parte de su comitiva,<sup>59</sup> excepto dos de ellas que, según Juan de Castellanos, se trasladaron a la Ciudad Madre y allí se casaron y tuvieron hijos valerosos e hijas bellas:

<sup>57</sup> Cfr. Mesa, Carlos E., *La iglesia y Antioquia*, p 55

<sup>58</sup> En Mesa Bernal, Daniel, O. c., p 171

<sup>59</sup> Cfr. Aguilar Rodas, Raúl, *La pasión del mariscal Jorge Robledo*

“Trajo consigo candidas doncellas,  
Deudas cercanas suyas principales.  
Y aquí tenemos hoy a las dos  
dellas,

-Con el nombre de Caravajales-,  
Con hijos de valor i hijas bellas”.<sup>60</sup>

De esas primeras uniones y muchas posteriores procede la gran mezcla de sangres, a la vez que las familias profundamente cristianas de que se enorgullece el pueblo antioqueño.

Veamos algunos personajes de los cuales hay suficientes indicios de que eran conversos. Se cree que buena parte de los primeros conquistadores que llegaron por Urabá lo eran, en especial Ojeda y Rodrigo de Bastidas. Es casi innegable el ancestro converso de Pedrarias Dávila, uno de los más crueles y pérfidos en la historia de la Conquista (llevó al patíbulo a Vasco Núñez de Balboa.) Con él llegaron numerosos conversos, entre ellos Fray Antonio de Montesinos, cura del Darién, al igual que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, varios encomenderos y hasta un cirujano, Enrique, “recién convertido de judío”. También parece que lo eran Pedro de Heredia y su hermano Alonso, fundador de San Sebastián de Buenavista, Tolú y Mompo. Igualmente varios de los que llegaron por el sur. Parece que lo era el Mariscal Jorge Robledo,<sup>61</sup> que ve-

nía con el Gobernador Sebastián de Belalcázar, también converso, y fundador de Quito, Pasto, Popayán y Cali, por quien llegó una buena cantidad de cerdos a Antioquia, traídos del Perú. Muchos acompañantes de uno y otro eran conversos, entre ellos, Gaspar de Rodas, modelador de Santa Fe de Antioquia y del futuro Departamento en su gobernación de medio siglo. También se cree que lo era Francisco Martínez de Ospina, fundador de Remedios.

Es curioso que muchos conversos trataran de borrar su origen suprimiendo uno de los apellidos que los podían delatar. Los Ospina, el Martínez, los Restrepo, el López, los Zea, el Rodríguez, los Salazar, el Gómez, y así muchísimos más. Otros tomaban el apellido de la madre o de otro pariente que oliera menos a converso. Gustavo Patiño Duque en su interesante obra inédita *Ascendiente judío del pueblo antioqueño* hace curiosas observaciones sobre multitud de apellidos considerados vascos, pero que, con frecuencia, eran utilizados por los conversos para camuflarse. Además, según él, muchos de los apellidos que Gabriel Arango Mejía, el Dr. Emilio Robledo y Don Marco Fidel Suárez catalogan como vascos, en casi el 50% eran frecuentemente adoptados por los sefarditas. Que sólo fueran de éstos, no se puede afirmar, pero sí, que buena parte lo

<sup>60</sup> En Mesa Bernal, Daniel, O. c., p 198

<sup>61</sup> Cfr. Aguilar Rodas, Raúl, O. c., p 186



eran. Y de 179 apellidos que Emilio Robledo da como procedentes de otras regiones de España, como si fueran de cristianos viejos, el 47,5% eran también utilizados frecuentemente por los judíos conversos.

Al principio, el entrar como soldados al mando de adelantados, conquistadores y gobernadores fue su ardid socorrido. Así lo hizo gran parte de los hombres de Pedrarias Dávila, Heredia, César, Robledo y tantos conquistadores más. Muchos de los que arribaron por Urabá de 1501 a 1537, y de los que llegaron por el sur desde el Perú con Robledo, por el norte desde Cartagena y Mompox, y por el centro desde Bogotá, Mariquita y Honda eran conversos, que huían de ser perseguidos. Aunque en tiempos de Fernando e Isabel fueron muy duras las leyes contra los conversos, consta que su sucesor, el Emperador Carlos V, las relajó bastante, ya que él mismo llevó de Alemania a España muchos judíos a los que debía inmensos favores (onerosos préstamos) para su lucha contra los protestantes. Sus sucesores, Felipe II y Felipe III, también fueron complacientes en parte. Eduardo Zuleta afirma que “durante el reinado de Carlos V los estatutos de limpieza de sangre fueron aplicados con cierta moderación. En tiempos de Felipe II se admitió la oportunidad de una reforma para reducir el campo de información (de la pureza de

sangre) a cien años(...) y en el reinado siguiente (Felipe III) se discutió de nuevo la necesidad de limitar por una ley las exclusiones pronunciadas por los estatutos”.<sup>62</sup>

Mesa Bernal destaca un caso especial. A mediados del siglo XVI (bajo Felipe II) llegó clandestinamente a la Nueva Granada un número grande de personas, a quienes denominaron “forajidos” como si fueran facinerosos, vagabundos, malhechores, gente perdida, baldía e indeseable. En realidad, se trataba de un grupo de conversos, sin tierra y sin trabajo (desempleados, diríamos hoy), por lo cual, y no por haber cometido crímenes, los tildaban de tales. La leyenda de que a Antioquia llegó una multitud de forajidos no es sino un malentendido por la forma en que los cristianos viejos y las autoridades del Nuevo Reino de Granada los trataron, en especial el Oidor Tomás López y el Presidente Venero de Leiva, que gobernó a partir de 1563. Este último, al llegar a la Nueva Granada, encontró, según dijo, una “superpoblación”. Se trataba de un buen número de “portugueses y gitanos”, es decir, judíos conversos, a quienes trató de expulsar. Muchos se refugiaron en Antioquia.

Para el año 1621, final del reinado de Felipe III, ya se habían fundado algunas ciudades y pueblos importantes, como Santa Fe de An-

<sup>62</sup> En Mesa Bernal, *O. c.*, p 214



tioquia, Arma y Caramanta, además de Remedios, Cáceres, Zaragoza y San Juan de Rodas en la riquísima zona minera que se extendía por todo el bajo Cauca hasta Guamocó. También algunos poblados de indios: Buriticá, Sabanalarga, Sopenrán y San Jerónimo. Ya había también una abundante población en el Valle de Aburrá, aunque no había aún ningún pueblo de españoles; sólo existía el Poblado de San Lorenzo para los indios, fundado en 1616.

En 1675 se erige la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, que pronto tendrá un desarrollo muy notable. Un siglo más tarde, al final de la Colonia, muchos miembros de la élite, de los que da cuenta Ann Twinam, debían ser conversos, si juzgamos por sus apellidos: Álvarez, Velásquez, Correa, Mesa, Montoya, Restrepo, Calle, Gutiérrez, Pérez de Rivero, Piedrahíta, Saldarriaga, Sierra, Vélez, Betancur, Córdoba, Molina, Tamayo, Vásquez, Yepes, Díaz, González, Moreno.<sup>63</sup> Según ella: “casi la mitad de las familias localizadas en Medellín, 94 de 206, que aparecen en la obra de Gabriel Arango Mejía *Genealogías de Antioquia y Caldas* en que analiza un total de 400 apellidos, llegaron entre 1650 y 1750”.<sup>64</sup> Es que en esos 100 años y, de modo especial, en la primera mitad del siglo XVIII, se dio un no-

table flujo de conversos a Antioquia, debido a que los Reyes Borbones fueron más liberales que los Habsburgos. Claro que también llegó un buen número de vascos, en especial a Marinilla.

### 3.4 Los conversos crecieron y se desarrollaron en Antioquia de modo diferente al resto del Continente

Podemos concluir que el número de conversos que llegó a Antioquia fue grande, aunque, quizás, no mayor que a otras regiones de Suramérica, como Chile y Argentina, entre otras. Lo que sí es incuestionable es que aquí se multiplicaron sobremanera. Adicionalmente, el hecho de permanecer casi totalmente aislados durante varios siglos les permitió desarrollarse de un modo muy diferente a los de las demás regiones e imponer su cultura, de la cual, la cría y el consumo del cerdo son sólo un aspecto, pero suficientemente llamativo como para destacarlo, porque también, debido a él, se los ha tratado con el apelativo de “marranos”, nombres que ya habían recibido en España sus antecesores.

En efecto. Desde antiguo, en Antioquia el cerdo forma parte fundamental de la cultura, la economía y la culinaria. Su consumo es indispensable en la alimentación, aunque con características muy diferen-

<sup>63</sup> Cfr. Twinam, *Ann, O. c.*, p. 220-221

<sup>64</sup> *O. c.*, p 76

tes al resto de Colombia y Latinoamérica. Los chicharrones de innumerables patas acompañan la bandeja paisa y multitud de comidas típicas. Los chorizos cuelgan en sartas en cocinas, fondas, tiendas y restaurantes. Los frisoles, alimento preferido de los judíos, son complementados con costilla, pezuña, oreja o cola de marrano. Una de las exquisiteces es la morcilla que, a la tripa del cerdo le añade lo más contrario a las normas dietéticas judías, la sangre de cualquier animal, mucho más la del cerdo.

En economía, la imagen del cerdo se utilizaba hasta hace poco para inculcarle a los niños, sobre todo varones, el sentido del ahorro. Una alcancía de barro en forma de marrano estaba siempre al lado de la cama del niño para que ahí fuera depositando las monedas que ahorrraba. Pero no se trata sólo del símbolo. Sobre el animal de carne y hueso se puede decir que, en cada casa campesina, como en la China, había siempre uno o varios cerdos en proceso de engorde. (En chino, el kanji “casa” se representa con un marrano bajo un techo) Tirofijo, de ascendencia paisa, al inicio de las conversaciones de paz en San Vicente del Caguán, el 7 de enero de 1999, entre las quejas contra el Estado ponía el que en Marquetalia el ejército les había robado a las FARC unos cuantos cerdos, y que otro tanto les hizo más tarde en La Uribe. El cerdo, además, “reciclaba” gran parte de los desechos

biodegradables de la cocina que se depositaban en una batea o canoa, la famosa “aguamasa”. (¡Lástima que la vida urbana no permita tener un reciclador tan maravilloso al pie de la casa o apartamento, y haya que transportar los desechos, con altísimos costos, a rellenos sanitarios distantes!)

Con todo, lo más asombroso fue la utilización del cerdo para la gran epopeya antioqueña, la colonización de inmensas regiones. Pequeños grupos de familias penetraban en la selva para abrir tierras de labor y potreros. Luego fundaban sus poblados. Gregorio Gutiérrez González, en su *Memoria sobre el cultivo del maíz*, describe hermosamente lo que es “la roza”. Primero se tumban los árboles y, luego, una vez secos, se prende fuego a todo: troncos, ramas, hojas, rastrojo. Cuando el suelo queda cubierto de ceniza y empiezan las lluvias, se siembra el maíz, uno de los mayores dones del Creador a nuestra América, y sustituto casi completo del trigo, la cebada y el arroz del viejo mundo. La primera cosecha es generosa y abundante, un renacer de entre las cenizas. ¿Qué hacer con tal cantidad de maíz? No había caminos ni bestias para sacarlo a los mercados. Tampoco se podía almacenar por mucho tiempo, pues lo devorarían los animales de la selva circundante, en especial aves y roedores. El cerdo o marrano fue la solución económica. Con el maíz engordaban buena cantidad de cerdos y, una

vez listos para la venta, los llevaban caminando por sus propias patas hasta los mercados vecinos, permitiendo así un intercambio por bienes urbanos, utilizando para ello sus mejores artes de mercadeo: la vistosidad de chicharrones, chorizos y morcilla.

Se puede decir que la industria del cerdo fue, juntamente con el oro, el primer dinamizador del comercio y, quizás, el primer medio de “acumulación capitalista” de los antioqueños, y la escuela de formación de los primeros empresarios, que les permitiría más tarde ser los pioneros del cultivo y exportación del café, del transporte por ferrocarril, de la industria, el comercio, la banca y los servicios, es decir, los primeros capitalistas del país. Los antioqueños llevaron el cerdo, con todo su valor económico y gastronómico, hasta los últimos extremos que iban colonizando.

A la vez, hicieron otro tanto con el maíz, que les permitía tener una especie de pan ácimo para sus comidas, como lo ordenaba la ley judía, sobre todo en días sagrados como la Pascua. Con él camuflaban sus creencias y el cumplimiento de la ley en las festividades católicas.

Desde las sabanas de Córdoba y Urabá, hasta el norte del Tolima y el Valle, el chicharrón, la morcilla, los chorizos, el tamal, (una masa de maíz cocido con su presa de cerdo dentro), y la bandeja paisa tan ricamente variada, acompañada con arepa, y la mazamorra con panela para la sobremesa, son indicios de la cultura especial, de la colonización, de la conquista, pero, a la vez, de la novedosa economía de esos conversos. Se dice que las empanadas, con cuyo producido se levantaron casi todos los templos antioqueños, fueron una adaptación de un pastel de carne de los judíos que debía fabricarse con pan ácimo. Para camuflarlo, la masa de maíz sirvió a las mil maravillas. Aunque originalmente tenía forma de triángulo, aquí se le dio la de medialuna, quizás bajo el influjo de moros conversos, que llegaron también, aunque en menor número, pero en gran armonía con los judíos conversos.

En el resto del país, la alimentación es muy diferente. En el altiplano cundiboyacense predomina la papa, en los llanos la carne vacuna, en la costa el pescado, en otras regiones, diversas comidas, todas muy ricas, pero muy diferentes a la antioqueña.

